

## El viento del olvido de David Jasso

Es como si el viento arrastrara arena y fuera cubriéndome poco a poco.

Así es el olvido. Polvo que oculta la vida.

Ahora apenas puedo respirar, la arena me cubre casi por completo.

—Cariño —dice la voz. Me suena, es una vieja canción que he escuchado muchas veces, pero la melodía se me escapa—, aquí estoy.

Antes de que pueda enfocar mi vista, la sombra se acerca a mí y siento un roce en la mejilla. Es fresco, como oler una rosa, me gusta, ojalá lo hiciera otra vez. Su aroma es agradablemente humano, a aliento. Me encanta su cercanía, trae el sabor de caricias de otros tiempos. El bulto se aleja y percibo un rostro borroso.

—Estoy aquí. He venido a verte.

Me esfuerzo en mirarla. No he visto nunca a esa vieja.

—¿Le reconoce? —dice una voz fuera de mi vista. Mover la cabeza para ver quién habla requiere demasiado esfuerzo. Me da igual. Sigo inmóvil en mi sillón.

—No sé —le responde la vieja—, me parece que no —la pena en su voz es evidente, me gustaría poderla ayudar.

—Ya le he dicho que estos últimos días está un poco más... —le cuesta encontrar un término adecuado— apagado.

—Ya —el pesar resbala por sus palabras, las cubre con una pátina empalagosa y pringosa.

Oigo cómo la vieja arrastra una banqueta y se deja caer en ella.

—Bueno —dice la voz más joven—, le dejo con él, si necesita algo ya sabe dónde encontrarme. Dígamelo a mí o a cualquiera de mis compañeras.

—Gracias, corazón. No creo que haga falta.

Oigo unos zuecos alejándose, ese repiqueteo de pasos suena constantemente a mi alrededor. Me da igual.

El silencio vuelve a hacerse. Solo llega el apagado murmullo de las conversaciones de los otros internos y el lejano zumbido de algún teléfono que nadie atiende.

La vieja toma mi mano. Sus dedos son flacos y huesudos, imagino unas manos venosas y ajadas, sin embargo me gusta. Aquí casi nadie me toca si no es para cambiarme el pañal o guiarme de la cama al sillón. Su tacto es fresco, posee el aroma de los besos despreocupados.

—Cariño, ¿sabes quién soy? ¿Me recuerdas?

No quiero que se vaya, me gusta la música de sus palabras, trae distantes ecos de calor. Me esfuerzo en mirarla. Mi cuello se mueve como un mecanismo mal engrasado. Las cervicales me están matando, pero ya ni siquiera me importa sentir dolor. Nunca he visto a esa vieja.

—Soy yo, tu mujer.

Sé que eso no es cierto, mi mujer tiene veintidós años, está llena de energía. Hemos empezado a salir hace pocas fechas, y siento cómo una fuerte estela de vida me arrastra tras ella. Su cabellera negra me atrapa en sus alargados bucles de antracita y me lleva allá donde ella va. N-no recuerdo como se llama, Marialgo, sí, puede que sí, Marialgo. Sí. Pero mi mujer es joven y sonriente. Un trozo de vida hecho abrazo. No esta vieja.

—¿No te acuerdas de mí? Eh, ¿no te acuerdas?

De nuevo la pena en su voz. Es un deje melancólico y lastimero que habla de días perdidos. No me gusta. Me acaricia la mano al ritmo de las sílabas. Pequeños toques que resaltan las palabras

—¿No sabes quién soy?

Y casi hay desesperación en su voz. La miro con más intensidad. Planta su cara de vieja frente a mí. Está demasiado cerca, casi no puedo verla bien. Oigo cómo la banqueta se arrastra sobre el linóleo mientras busca una posición en la que pueda verla mejor, como si la luz o la cercanía tuvieran algo que ver con mi desconocimiento.

La miro fijamente, supongo que la inexpressión se marca en mi rostro, no siento nada hacia ella. Sí, quizás un poco de lástima, pero allá al fondo, como una radio a la que no se presta atención.

La oigo sollozar. Es un gemido apagado, un cruce entre suspiro y lamento. Un gatito moribundo. Me quiere engañar, ella no es mi mujer. Marialgo tiene veintidós años y nos vamos a ir a la playa este fin de semana, compartiremos hostel y estoy ansioso por tenerla para mí solo entre las sábanas. Es un sueño. Y ella, pícara, como anticipo del placer, me enseña el biquini que se ha comprado. Lo saca de una bolsa de plástico de unos grandes almacenes y el ticket revolotea hacia el suelo. Lo pilló en el aire y se lo entrego. Rozo sus manos. Manos sin arrugas y sin venas azules. Manos sin artritis y sin uñas medio descalcificadas. No como las de esta vieja.

—Oh, amor —susurra. Y se acerca hasta apoyar su cabeza en mi pecho. Un mechón de su pelo blanco se mete en mi boca. No soplo para alejarlo, no es del todo desagradable, me produce un ligero cosquilleo en los labios. Su postura es incómoda para ella, completamente echada hacia delante sin levantarse de la banqueta. Me clava un hombro en el pecho. Yo no me doy cuenta, pero mi mano libre se levanta de forma automática y se apoya sobre su espalda en un abrazo sin fuerza. No sé por qué lo he hecho, parecía lo adecuado, supongo. Noto cómo su espalda se sacude con un fuerte sollozo, pega su rostro contra mi pecho para que nadie la oiga llorar.

—Te echo de menos —dice de forma entrecortada.

Y mi mano acaricia su espalda.

Y la ola rompe contra mí entre gritos de alegría. Estamos en la playa, dentro del mar, su biquini azulón reluce con fuerza entre la espuma y el agua, su cuerpo vibra zarandeado por las olas. Sacude la cabeza y miles de gotitas vuelan en todas las direcciones procedentes de su cabellera oscura. Toma mi mano para evitar que una ola la tire. Ríe. El sol deslumbra mis ojos, ella se ha convertido en una silueta evanescente. Da unos cuantos saltitos —torpes e inseguros— para mantener el equilibrio y se lanza a abrazarme. Entonces llega otra ola y nos arrastra hasta convertirnos en una maraña de extremidades zarandeadas. La sujeto con fuerza, sé que nunca la dejaré escapar. Solo distingo espuma y arena removida. Cuando logro sacar la cabeza del agua la veo resoplar medio apabilada con una amplia sonrisa en su rostro. Esa es la imagen de la felicidad. Esa y solo esa. El pelo se le ha pegoteado configurando un extraño peinado. Marialgo resopla y vuelve a saltar para abrazarme. Y soy feliz. Y llega otra ola. Y volvemos a caer. Mi rostro se refrota primero contra el pecho de ella y luego contra la arena del fondo.

La vieja rompe el abrazo y se aleja hasta quedar sentada en su banqueta. Su gesto denota que le duelen los riñones, no podía mantener más tiempo esa postura tan forzada. El recuerdo del mar desaparece pegoteado a su cuerpo.

Sigue aferrada a mi mano.

—No sabes cómo te echo de menos.

No, no lo sé. Tampoco sé quién es ella. Ni quién soy yo. En este instante ni siquiera sé quién es la chica de la playa.

La mujer comienza a hablar. Su tono es apagado y dolorido. Su voz se quiebra a veces, no sé qué me dice, ha dejado de importarme, puede que me cuente cosas de su rutina diaria, o de sus tiempos pasados. Da igual. Parece obviar que algo se ha roto en mi cerebro, que la arena hace meses que comenzó a cubrirme, que ahora yazgo bajo una capa de tierra que me impide distinguir el mundo, que ya no siento. Pero sigo mirándola fijamente como si me interesara o entendiera algo de lo que dice. Y ella continúa hablando con palabras lentas como el tiempo, con frases de roce de algodón. Y sigue apretando mi mano. Y me gusta. Y querría estar muerto. Acabar con esta inexistencia de una vez por todas.

El tiempo deja de fluir una vez más. Qué difícil es vivir cuando el tiempo ha dejado de existir.

No me doy cuenta cuando se va. No siento su beso de despedida, ni su débil abrazo, ni escucho el gemidito que emite al erguirse —la ciática la está matando—, ni la veo marchar con pasos lentos, aletargados. No veo su cuerpo menudo y algo encorvado alejarse por el corredor entre enfermeras y otros visitantes que se despiden de sus familiares. No escucho el arrastrar pesados de sus pasos. Ni su llanto oscurecido y disimulado.

Quedo en el sillón mientras la arena me cubre. El olvido me vence, la muerte me mece negándose a llevarme con ella. Es una cruel amante que siempre demora la consumación.

Quedo en el sillón. Sobre ese cojín sucio y desvaído. A la espera de que alguien me lleve a la cama. Mirando a la nada.

Quedo en el sillón. Aguardando. Cada vez más pequeño, más miserable.

Quedo en el sillón.

—Hola, hola.

Las palabras son cantarinas. Enseguida reconozco la voz.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Horas, días. No importa. El tiempo está enterrado en mi cerebro. No avanza.

Vuelvo la cabeza sin girar el cuello.

—Hola —respondo si articular palabra. Sonríe.

—¿Quieres venir al agua?

La sonrisa en su rostro pícaro amplía mis pulmones. Es brisa fresca. Sus palmas asoman entre los labios, me encanta su forma de entreabrirlos. Quiero besarlos de nuevo.

Sé su nombre, no tengo la más mínima duda. Mariluz. El fulgor de sus ojos azules me deslumbra. Me levanto del sillón y mis zapatillas de felpa se diluyen en la arena. El sol pica, debería haberme puesto crema protectora, el pijama ya no me cubre. Me tiende su mano joven. La tomo. La arena quema. El viento está en calma. Llegan hasta nosotros los gritos que los niños emiten mientras juegan en la orilla.

Agradezco la caricia de las olas en mis pies. Nos adentramos en el mar. Mariluz me contagia su risa. Soy feliz. Una ola rompe contra mi cintura y me salpica con vivificantes cristallitos de hielo. El frío me hace sentir vivo. Tan vivo como nunca antes he estado.

—Ven. Más adentro. Más adentro. —Y se ríe de mi expresión de pollito mantudo. Me da tironcillos para animarme a avanzar. Encojo la tripa. No sirve de nada, una ola aletea casi hasta mi pecho.

El sol perfila la silueta de Mariluz, como un aura resplandeciente y etérea. Doy un par más de pasos.

Y me abraza. Y caemos empujados por una ola joven. Y nos agitamos. Y entre burbujas y arena removida veo su rostro de veintidós años cada vez más cerca del mío, se desenfoca hasta rozarme. “Te quiero”, dicen sus labios en silencio. Trago agua cuando quiero decir “Y yo”.

—Ven conmigo.

Los ojos me pican y los cierro.

El doctor está frente a mí. Retira la mascarilla de oxígeno de mi rostro y espera a ver si mis pulmones funcionan por sí solos. Los malditos no me obedecen y se contraen y expanden sin tenerme en cuenta. Aspiran este aire viciado de la residencia.

—Creo que le hemos salvado —dice con el tono de quien ha cumplido satisfactoriamente con su obligación. No es un héroe, es un cruel verdugo que prolonga una vida sin sentido.

—Gracias a Dios, doctor —dice la voz joven que me acompaña cuando me lavan con una esponja demasiado áspera.

—No. Gracias a usted, enfermera. Usted le ha salvado la vida cuando se ha dado cuenta de que tenía un fallo respiratorio y ha reaccionado con tanta celeridad. —Le guiña un ojo; posiblemente se la quiera tirar—. Usted ha sido su salvadora.

La oigo sonreír con timidez. Emite una especie de risita apagada. Me palmea una pierna.

—Bienvenido de nuevo al mundo de los vivos —me dice para no tener que mantener la mirada del doctor.

En la casa, las persianas están bajadas casi por completo. La penumbra se apodera de los rincones, se aferra a ellos y no los suelta. Mariluz yace torcida en la cama. Se tumbó en ella cuando sintió el dolor del pecho. Todo fue demasiado rápido. Una malagana, un fuerte mareo y la presión del pecho como si alguien empujara sus costillas desde dentro. Tuvo el tiempo justo para ir a la habitación y recostarse esperando que se le pasara. Cuando se dio cuenta de que tenía que pedir auxilio fue demasiado tarde. No pudo utilizar el teléfono. Ni si quiera gritar. El dolor la taladraba.

Era una ola oscura que la arrastraba. Entonces cerró los ojos y pensó en su marido. Allí sentado en el sillón, como siempre, sobre el raído cojín. Con expresión ausente. En silencio. Quizás pudiera ir a buscarle. Llevarlo con ella.

Cuando su pecho explotó sonrió. Sí. Iría a recogerle. En un pis pas se puso su bikini azulón.

—Hola, hola —dijo al llegar a la playa del salón de la residencia.

Quedo sentado en el sillón. Dan la crisis por superada. Nadie más vendrá a verme. No sentiré brisa ni labios. Olas o roces. Quedo quieto, sin pensar. Sin sentir apenas. La vida pasa tan despacio ante mis ojos, se desliza tan lentamente, un segundo eterno tras otro... es como si se hubiera detenido.

Como si un viento lento arrastrara arena y fuera cubriéndome poco a poco. Me cubre, me ahoga. Pero sigo respirando. Me han dejado la mascarilla puesta. La enfermera vela por que siga respirando una y otra vez, inspirando, espirando, inspirando, espirando. Al pasar a mi lado a veces me saluda. La odio. Quiero viajar a las profundidades del océano para nadar abrazado a Mariluz, en ese mundo azul como sus ojos y fresco como su sonrisa de labios entreabiertos.

Pero aquí quedo. Cubierto por el polvo amontonado por el viento del olvido. En eterna soledad. Sentado en mi sillón.

Sobre ese cojín sucio y desvaído. A la espera de que alguien me lleve a la cama. Mirando al vacío.

Quedo en el sillón. Aguardando a la nada. Cada vez más pequeño, más miserable.

Quedo en el sillón.

Quedo.

FIN